

Sin motivos para la desesperanza

¿Qué ocurre cuando ponemos todo nuestro empeño en algo y vemos que no lo conseguimos? ¿Qué pasa cuando pasamos horas y horas dedicadas a algo y no vemos los frutos esperados? Normalmente acabamos por sentirnos frustrados, sin ánimo para continuar, con la tentación de desistir y seguir con otra cosa que nos sea más fácil y nos cueste menos esfuerzo.

Así se sintieron los discípulos en multitud de ocasiones, pero Jesús siempre estuvo allí con ellos para traerles una ráfaga de aliento a sus vidas. Él siempre está para darnos fuerza para continuar con la misión que Él nos da, para fortalecer nuestra esperanza, para robustecer nuestro tesón. «Todo lo puedo en aquel que me conforta», diría san Pablo. Y es que, si ponemos nuestra fe en el Resucitado, podremos con todo cuanto nos proponemos, pues vivimos con la certeza de que Él no nos pide más de lo que podemos dar.

Lectura del santo evangelio según san Juan (Jn 21,1-14)

Salieron los apóstoles y se embarcaron; y aquella noche no cogieron nada. Estaba ya amaneciendo, cuando Jesús se presentó en la orilla; pero los discípulos no sabían que era Jesús. Jesús les dice: «Muchachos, ¿tenéis pescado?». Ellos contestaron: «No». Él les dice: «Echad la red a la derecha de la barca y encontraréis». La echaron, y no podían sacarla, por la multitud de peces. Y aquel discípulo a quien Jesús amaba le dice a Pedro: «Es el Señor». Al oír que era el Señor, Simón Pedro, que estaba desnudo, se ató la túnica y se echó al agua. Los demás discípulos se acercaron en la barca, porque no distaban de tierra más que unos doscientos codos, remolcando la red con los peces.

Para Irene Martín, catequista confirmación en la comunidad de San Gerardo, Jesús es un santo cotidiano:

Siguiendo las palabras de san Juan, podemos conocer una de las enseñanzas con la que Jesús muestra una vez la misericordia que siente Dios hacia los hombres.

“Echad la red y encontraréis”, quizá sean éstas las palabras que más me inspiran para presentaros a la persona a la que quiero dedicar este testimonio. Su nombre curiosamente es Jesús y, casualmente, también es maestro. A lo largo de mi vida he compartido junto a él muchos momentos; él es ejemplo de escucha e, indiscutiblemente, de misericordia divina, pues consigo se lleva mis dudas, miserias y debilidades, ayudándome a perseverar y a esforzarme para dar lo mejor de mí misma. Ante situaciones complicadas, él me anima a creer que puedo hacerlo, y, en innumerables ocasiones, gracias a él, he recogido fruto en abundancia.

Siento verdaderamente que es rostro de Dios por su sacrificio y por el ejemplo de vida que me transmite. Si tuviera que identificarle como uno de los Doce, sin duda, siguiendo esta lectura, él sería Simón Pedro, pues su Espíritu le impulsa a “tirarse al mar” para ayudar a remolcar la red abarrotada de tantos peces.



Oración

Padre,
Me pongo en tus manos,
haz de mí lo que quieras;
sea lo que sea, te doy las gracias.

Estoy dispuesto a todo,
lo acepto todo,
con tal que tu voluntad
se cumpla en mí y en todas sus criaturas,
no deseo nada más, Padre.

Te confío mi alma,
te la doy
con todo el amor de que soy capaz,
porque te amo
y necesito darme,
ponerme en tus manos
sin medida,
con una infinita confianza,
porque tú eres mi Padre.

Charles de Foucauld

